Ramos Carrion, Miguel and Campo-Araña,
José

El domador de fieras.

EL DOMADOR DE FIERAS,

SAINETE LÍRICO-FEROZ,

LETRA DE LOS SEÑORES

RAMOS CARRION Y CAMPO-ARANA,

MUSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

Estrenado en el Teatro de la ZARZUELA el 14 de Abril de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
ALHELÍ........................	SRTA. DELGADO.
ACÓNITO........................	SR. CASTILLA.
MOROCK........................	CRESPO.
LEON........................	IGLESIAS.
TIGRE........................	HIDALGO.
PANTERA........................	EDO.
OSO........................	PARDO.
Coro de ambos sexos.	

El pensamiento de esta obra está tomado de un vaudeville francés.

ACTO ÚNICO.

Corral de una casa de pueblo.—Tapia al foro con puerta grande. Á la izquierda la entrada á la casa.—En el centro, foro, la jaula de las fieras cubierta con un gran telon, en el que está pintado Morock entre las fieras. Este telon debe estar pendiente de dos estacas para que pueda á su tiempo descorrerse.

ESCENA PRIMERA.

LEON, TIGRE, PANTERA y **CORO** de ambos sexos. De aquellos, uno toca el cornetin, otro el tambor, otro el figle y otro los platillos y el bombo. Los tres visten trajes muy deteriorados.

MUSICA.

CORO. Mirad qué bien pintado
han puesto al domador.
Seis cuartos es la entrada.
¡Barata diversion!

(**Tocan los instrumentos.**)

LEON. Señores: entre todos;
aquí se puede ver
de Java la pantera
y el tigre japonés;
y una leona,

y un gran leon,
y un oso blanco
del Ecuador.

—

LAS CUATRO FIERAS. Vereis qué horror
da ver entre ellos
al domador.

CORO. ¡Jesús! ¡Qué horror
dará ver solo
al domador!

—

TIGRE. Vereis el oso blanco
carnívoro y feroz,
que sabe matemáticas
y toca el serpenton.
Y cuántas cosas
no sabrá él,
que tiene el grado
de bachiller!

—

LAS CUATRO FIERAS. Vereis qué horror
os da ver solo
al domador

CORO. ¡Jesús! ¡Qué horror
dará ver solo
al domador!

—

LAS CUATRO FIERAS. ¡Oh! ¡Qué admirable
que es la funcion,
y de estas fieras
la educacion!
No haya cuidado,
que su furor
sabe aplacarlo
el domador.

CORO. ¡Oh! ¡Qué admirable
que es la funcion,

y de esas fieras
la educacion!
Pero cuidado,
que en su furor,
no se merienden
al domador.

HABLADO.

TIGRE. Entren, señores, á ver el prodigio de los prodigios, el asombro de París, Lóndres, Madrid, Lisboa, Pekin, San Petersburgo, Berlin y Ciempozuelos; el primer domador del siglo, que ha logrado domesticar ciento veinte animales feroces, sin contar á su suegra.

HOM. 1.° ¿Y á qué hora se emprencipia la juncion?

TIGRE. Á las seis en punto, que es la hora en que comen las fieras.

HOM. 2.° Pus hay que venir, conque al avío, á buscar los monises. (Váse el Coro.—El Oso por la derecha.)

ESCENA II.

TIGRE y PANTERA.

TIGRE. Basta, amigo Pantera, basta de música. Ya estoy que no puedo tenerme, y de hoy no pasa el salir de esta situacion.

PANT. Yo tambien estoy decidido; Leon nos apoya, ya me lo ha dicho.

TIGRE. Es claro, hombre; ¡cómo no ha de apoyarnos! Tenernos á tres fieras poco ménos que muertos de hambre, y él dándose tono y cogiendo los cuartos! No, lo que es y no resisto más; ó nos paga hoy ó descubro cuando esté en la funcion que no somos animales, y que el domador es un pillo, y lo matan de una paliza los del pueblo.

PANT. Lo malo es que del dinero no nos toca nada; pero de la paliza nos tocaría algo.

TIGRE. Pues yo estoy decidido; mira, como hoy mismo no nos dé todo lo que se saque, le pegamos cada uno un mordisco. Ó somos fieras, ó no.

PANT. Eso es lo mejor de todo.

TIGRE. Es un abuso lo que estamos sufriendo... ¡Mira tú que con las entradas que hemos tenido no pagarnos! En Jetafe hubo entradas de treinta y seis cuartos! Ese hombre se está haciendo rico á nuestra costa.

PANT. Desengáñate, todos los empresarios son iguales.

TIGRE Pues yo te juro que se ha de acordar de este tigre... Valiente mordisco le voy á arrimar!

PANT. Y yo!

ESCENA III.

DICHOS, ALHELÍ.

ALHELI. (Entrando.) Y yo!

TIGRE. ¿Cómo es eso? ¡Tú tambien te rebelas contra tu tio!

ALHELI. ¡Valiente tio!

TIGRE. ¿Pues cómo es eso?

ALHELI. ¿Cómo?... Comiendo... Digo, no comiendo. Él se guarda los cuartos y nosotros nos quedamos á la luna de Valencia...

TIGRE. Si fuera á la de Valencia siquiera...

ALHELI. Ademas, ya sabeis que amo á Leon, que le adoro; pues bien, mi tio no quiere que me case con él, y yo estoy decidida á no trabajar más si no consiente en que nos casemos.

PANT. Bien dicho.

ALHELI. Porque, sobre todo; ¿para qué necesitamos á mi tio?

TIGRE. Eso digo yo: ¿para qué?

PANT. Justo: ¿para qué?

ALHELI. ¿Qué hace él? ¿Qué habilidades tiene?

TIGRE. Eso es, ¿qué habilidades?

PANT. Justamente, ¿qué habilidades?

ALHELI. La de coger los cuartos.

TIGRE. Es verdad.

PANT. Es ciertísimo.

ALHELI. Se mete en la jaula con vosotros; ¿en eso qué peligro hay!

TIGRE. Ninguno.

PANT. Lo que es como siga dándanos de comer como hasta aquí, habrá peligro. El mejor dia nos le merendamos.

ALHELI. Y él es quien se lleva la gloria; de él hablan los periódicos, y de nosotros nada.

PANT. Es claro; qué van á decir de unas fieras?

ALHELI. *El Eco de Torrelodones*, le daba el otro dia un gran bombo, y ese bombo nos pertenece.

TIGRE. Justo, este bombo nos pertenece. (Dando un golpe en el bombo.)

ALHELI. Nada, rebelion, rebelion en toda la línea; armemos un pronunciamiento, rebelémonos contra el tirano, no nos atemoricen sus barbas; puesto que él es un domador de pega, volveos verdaderos leones, verdaderos tigres, y atemorizadle. ¿Tendreis valor?

PANT. Lo juramos.

TIGRE. Lo juramos.

ALHELI. ¡Muera el tirano!

TIGRE y PANTERA. ¡Muera!

ESCENA IV.

DICHOS, MOROCK.

MOROCK. ¿Quién grita por ahí?

ALHELI. ¡Ay! (Se oculta.)

TIGRE. (Nos aplastó.)

MOROCK. Vamos á ver. ¿Qué decíais? ¿Estábais murmurando... ¿Estais descontentos de mí? Responded!

TIGRE. Yo...

PANT. Yo, señor...

MOROCK. Entónces qué decíais?

TIGRE. (Ánimo! Yo me lanzo.) Pues bien, sí: estamos descontentos. Usted especula con nosotros y nos mata de hambre; esto no puede seguir así. Ó nos da usted todo

el dinero que hoy se recoja ó nos marchamos.

MOROCK. ¡Cómo, fieras ingratas, os quejais de mí! ¿Qué más puedo hacer? Yo os recogí siendo unos perdidos; dormíais en los billares, almorzábais á las doce de la noche, y muchos dias, ni aun á esa hora; no hacíais nada, érais unos seres despreciables; yo os he dado una posicion independiente, las gentes os respetan. .

TIGRE. ¡Ya lo creo! Como quo nos tienen por fieras...

MOROCK. Ahora comeis casi todos los dias, vais bien vestidos...

TIGRE. Es verdad. (Levanta la tapa del sombrero y saca el pañuelo.)

PANT. Es verdad. (Sacando las manos por dos aberturas del gaban.)

MOROCK. ¿De qué os quejais entónces?

TIGRE. (Pues señor, me ha convencido de que vivimos como unos príncipes.)

MOROCK. (Les convencí! Aprovechemos estos momentos de influencia moral.) Á vestirse, fieras! ¡Hala! ¡Hala! (Tigre y Pantera salen saltando y rugiendo.) Más trabajo me cuesta domesticarles que si fuesen fieras de verdad.

ALHELI. (Saliendo.) Tio! Tio!

MOROCK. Ya sé lo que quieres decirme. No quiero oirlo, no me da la gana de escucharlo. (Váse.)

ESCENA V.

ALHELÍ, despues LEON.

ALHELI. ¡Qué amabilidad! Ah! pero se equivoca si cree que he de ceder como esas fieras de pastaflora.

LEON. (Entrando.) Alhelí de mi vida!

ALHELI. ¡Leon de mis entrañas!

LEON. ¿Has hablado con tu tio?

ALHELI. No.

LEON. ¡Estás decidida á todo?

ALHELI. Á todo.

LEON. Pues hoy será el último dia de sufrimientos. Basta de consideraciones: si tu tio no me da tu mano, yo me la tomo. (Cogiendo la mano de Alhelí.)

ALHELI. Y ¿qué haremos si él no cede? ¿Cómo vivir sin dinero?

LEON. Creí que tenías el alma más grande! ¿Qué importa el dinero? Ah! Veo que tu amor no es tan feroz como el mio! Mis instintos de fiera se revelan en la pasion que te profeso. ¡Ham!... Te comería!

MUSICA.

LEON.

Soy un leon verdadero
cuando no estoy junto á tí,
pero me vuelvo un cordero
cuando me miras así.
Y en vez del rugido
que fiero lancé,
en dulce balido
pronuncio la b,
be... be... be...
Y por un cuerpecito gitano,
aquí tiene usté
como todo un leon africano
pronuncia la b,
be... be... be...

ALHELI. Y aquí tiene usted, etc.

—

LEON.

Soy ya cordero y no trato
de corderito ascender,
porque el ascenso inmediato
casi me haría perder.
Y así convertido,
tan sólo querré
que en dulce balido
pronuncies la b,
be... be... be... etc.

ESCENA VI.

DICHOS, ACÓNITO.

HABLADO.

ACON. Ah! ¿Se puede pasar? (Llegando hasta delante de ellos.)
ALHELI y LEON. Adelante.
LEON. ¿Qué se le ofrece á usted?
ACON. ¿El señor domador?
ALHELI. Le avisaré. (Gritando.) ¡Señor Morock!... (Saludando.) Caballero!... Ven, Leon.

ESCENA VII.

ACÓNITO, luégo MOROCK.

ACON. (Que al oir decir «Leon» á Alhelí, ha vuelto la cabeza con espanto.) Carambita! Creí que llamaba á alguna fiera!
MOROCK. ¿Quién me llama?
ACON. (Saludando.) Caballero domador...
MOROCK. (Saluda.) Caballero...
ACON. Beso á usted la mano.
MOROCK. Á los piés de usté. (Acónito se vuelve á mirar si detrás de él hay álguien.)
ACON. (Ah! Vamos... Ha sido á mi.)
MOROCK. Usté dirá en qué puedo servirle.
ACON. ¿Usted no me conoce?
MOROCK. No tiene usted ese honor.
ACON. Gracias! (Es muy fino para ser domador de fieras.) Pues yo soy don Meliton Acónito, naturalista, boticario, alcalde de este pueblo, y persona de gran instruccion, aunque me esté mal el decirlo; aquí me llaman la antorcha de la villa, he pasado mi vida estudiando, y tengo una decidida aficion á la zoología. Poseo un gabinete de historia natural...
MOROCK. (Adios!)
ACON. Que han admirado personas inteligentes. Tengo entre

los reptiles, quelonios, saurios, ofidios y batracios; entre los peces, ciclóstomos, selacios, plectonatos y malacopterigios; de aves, en los palmípedos, tengo varios lamelirostros, y entre los macrodácticos, un admirable *rallus aquaticus*.

MOROCK. (¡Qué fieras tan horribles deben ser esas!)

AGON. Ademas soy dueño de una notable coleccion de moluscos; cefalópodos, pectinibranquios, acéfalos, lamelibránquios y gasterópodos pulmonados, ó sean caracoles.

MOROCK. ¡Caracoles!

ACON. No quiero hablar de los insectos, de los cuales tengo coleópteros, ortopteros, neuropteros, himenópteros, lepidópteros, emípteros y miriápodos, que, como usted sabe, tienen veinticuatro pares de patas el que ménos.

MOROCK. (¡Eche usté patas!)

ACON. Sé que trae usted una excelente coleccion de carnívoros, y desearía verlos ántes que el populacho.

MOROCK. ¿Y quién es ese señor?

ACON. Quiero decir la gente, el vulgo...

MOROCK. Pues llega usté en un momento que es imposible lo que quiere. Las fieras están comiendo.

ACON. Entónces las veré cuando acaben de comer.

MOROCK. Ah! Ya. Usted quiere verlas sueltas.

ACON. No, hombre, no. (¡Qué barbaridad!) Pero... ¿están sueltas ahora?

MOROCK. No señor; pero acostumbro á soltarlas despues de la comida para que hagan la digestion. Ahora no están tomando más que un tente en pie.

ACON. Ya, un piscolabis.

MOROCK. Sí señor, un carnero cada una.

ACON. Y, diga usted; yo como hombre de ciencia, soy curioso y desearía saber de qué medio se vale usted para domesticarlas.

MOROCK. Pues es una cosa muy sencilla. Yo hice un viaje al África central.

ACON. ¡Es posible! ¿Usted ha penetrado en aquellos desiertos?

MOROCK. Hasta lo último.

ACON. Es decir que ha visto usted el nacimiento del Nilo!

MOROCK. No señor: precisamente el nacimiento no; llegué algo tarde, pero estuve en el bautizo.

ACON. ¡Cómo! ¿Qué está usted diciendo?

MOROCK. (Si habré dicho alguna barbaridad?) Sí señor, he estado en el África central; de allí traje mi famoso Leon y una pantera que se me murió de... sarampion.

ACON. Sería jóven...

MOROCK. Estaba echando los dientes.

ACON. Y, diga usted, ¿cómo cazó vivo al Leon?

MOROCK. Con red.

ACON. ¡Cosa más rara! Y ¿los leones son tan nobles como dice la gente?

MOROCK. Oh! No lo sabe usted bien: para que lo comprenda, bastará citarle un solo rasgo.

ACON. Escucho á usté.

MOROCK. Cuando la guerra de África, un oficial español, subteniente de infantería, se encontró de manos á boca con un leon tremendo. El oficial se asustó é iba á huir, cuando vió que la fiera se echaba en el suelo y le enseñaba una de sus garras, por la cual salía un chorro de sangre: estaba herida en la pata.

ACON. Y el oficial se aprovechó de aquel momento y echó á correr?...

MOROCK. No señor. Sacó el pañuelo compadecido de la fiera y vendó con él su herida salvándola de una muerte segura.

ACON. ¿Y despues?

MOROCK. Despues se marchó.

ACON. ¿Y qué?

MOROCK. Pasó algun tiempo, y un dia encontraron el cadáver del teniente de la compañía á que pertenecía el oficial. El Leon le había destrozado; ¿sabe usted para qué?

ACON. Para comérselo.

MOROCK. No señor; el Leon, agradecido al oficial que le curó su herida, se comió al inmediato superior para que aquel

ascendiese.

ACON. ¡Hombre! ¡hombre!... Y... dígame usted, ¿cómo se cazan las panteras?

MOROCK. (¡Qué pesado es el tio este.) Ahora diré á usted... Espere usted un momento. (Sale por la derecha.)

ACON. ¡Qué valiente debe ser este hombre! (Se oye un rugido.) ¡Caracoles!

MOROCK. (Entrando.) No se asuste usted, caballero, son las fieras que están sueltas para hacer la digestion.

ACON. ¿Eh? ¿Sueltas? (Espantado.) Pues mire usted, ya volveré á que me cuente usted cómo se cazan las panteras. Hasta otro rato. (Sale volviendo la cabeza.)

ESCENA VIII.

MOROCK, luégo LEON.

MOROCK. Me rio yo de los apuros de un verdadero domador de fieras! Ninguno habrá pasado por los sustos que yo. Esto es vivir con el alma en un hilo.

LEON. (Entrando.) Brrr... Buenas tardes.

MOROCK. Buenas, Leon. (Me parece que hoy está con la calentura.)

LEON. Tenemos que hablar.

MOROCK. Hablemos.

LEON. ¿Quién soy yo?

MOROCK. Tú! (Le halagaré.) Un jóven muy apreciable.

LEON. Está usted equivocado.

MOROCK. Pues tú dirás.

LEON. Yo soy un Leon de los desiertos; yo soy una fiera en toda la extension de la palabra.

MOROCK. (Lo que dije; está con la calentura.)

LEON. Yo quiero á su sobrina de usted; la quiero con buen fin.

MOROCK. Comprendo tu fin.

LEON. Para este fin, el principio es que usted me conceda su mano.

MOROCK. No puede ser.

LEON. ¿Por qué?

MOROCK. Ya lo he dicho cien veces: Alhelí es un prodigio, sabe música, canta como un verderon, baila como una peonza y sabe hacer admirables juegos de mano; ella pide á cualquiera cinco duros y no los vuelve á ver nadie.

LEON. Más que usted, que se los guarda.

MOROCK. Leon!

LEON. Nada, si en este mismo momento no me concede usted la mano de su sobrina, si no nos paga usted á mí y á mis compañeros, hoy no se hace la funcion.

MOROCK. ¡Desdichado!

LEON. Dejé de ser un hombre; soy una fiera.

ESCENA XI.

DICHOS, TIGRE, PANTERA.

TIGRE. (Entrando.) Y yo.

PANT. (Id.) Y yo.

MOROCK. ¡Una sublevacion! Á las jaulas, miserables.

LOS TRES. Jjjjamás!

MOROCK. Dadme siquiera un plazo.

LEON. Ni un minuto.

ALHELI. (Asomándose á la puerta.) La gente se impacienta. Todo el pueblo está reunido y agolpado pidiendo que empiece la funcion.

MOROCK. ¡Dios mio! Ya lo oís, hijos mios... Por caridad!...

TIGRE. No trabajamos.

LEON. Hoy no tiene usted fieras.

MOROCK. Hoy es precisamente cuando las tengo.

VOCES. (Dentro.) ¡Que se empiece! Que se empiece!

MOROCK. ¡Qué compromiso! (Yendo al foro.) Tengan ustedes un poco de paciencia; las fieras están irritadas. (Y no digo más que la verdad.) (Volviendo á donde están las fieras.) Transijamos.

LEON. Justo; transijamos. Vengan los cuartos.

MOROCK. Id á vestiros. Alhelí cobrará á la entrada y yo os entregaré todo el dinero de la funcion cuando esteis en la jaula.

TIGRE. Convenido.

LEON. Si no nos le da usted nos le comemos.

LOS TRES. Nos le comemos. (Vánse.)

ESCENA X.

ACÓNITO, CORO.

MUSICA.

CORO.

Vamos á ver
la gran funcion;
un tigre, un oso
y un leon.
Vamos entrando,
venid acá,
que ya muy pronto
se empezará.

HABLADO.

ACON. Siento presenciar el espectáculo mezclado con la muchedumbre.

UNO. No rempujar!

OTRO. ¡Silencio!

ESCENA XI.

DICHOS, ALHELÍ vestida de polaca, luégo el OSO.

ALHELI. Respetables habitantes de esta villa: tengo el honor de anunciaros la salida del prodigioso Almohadillon, el oso más corpulento de los Paises Bajos, amaestrado en libertad por mí. Almohadillon! ¡Adelante! (Sale el Oso.) Saluda á estos señores. (El Oso se acerca á Acónito; le quita el sombrero de la cabeza y saluda con él volviéndoselo á dar.)

ACON. ¡Caracoles con Almohadillon!

ALHELI. Vamos á ver, ¿cuál es la muchacha más bonita de corro? (El Oso pasea y coge á una)

UNA. Ay! Ay!

OTRA. Ese Oso es un animal.

TODOS. Silencio! Envidiosa!

ALHELI. Ahora señálame al hombre más feo. (El Oso coge por las solapas á Acónito. Risas.)

ACON. ¡Me gusta la gracia!

ALHELI. Dispense usté... Almohadillon, pide perdon á este caballero.

ACON. No, no; deje usted...

ALHELI. Paso redoblado! March!...

MUSICA.

ALHELI.

De cuantos ven el oso,
ninguno dudará;
lo cierto es que parece
un oso de verdad.
Sin duda como el hombre
el oso suele hacer,
le imita por costumbre
perfectamente bien.

—

Baila la polca,
lleva el compás.
¡Mucho cuidado!
¡Un paso atrás!
Que diga el público
si vió jamás
un espectáculo
que valga más.

(Bailan el Oso y Alhelí.)

—

CORO.

Esto es magnífico:
no ví jamás

un espectáculo
que valga más.

—

ALHELI. Á cuántos que andan sueltos
debían enseñar,
y así tal vez darían
alguna utilidad.
Y no que sin notarlo
en más de una ocasion,
el oso harán de balde
con toda perfeccion.

—

Baila la polca,
lleva el compás, etc.
(El Oso se retira saludando.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MOROCK, con traje vistoso.

HABLADO.

MOROCK. Respetable público: ántes de entrar en la jaula donde tengo encerrado al gran Leon de Atlas, la leona de los desiertos del África central, el Tigre de Bengala y la Pantera del Japon, me presento para que vean ustedes que me expongo al furor de las fieras sin más defensa que este látigo. El que quiera reconocerme que se acerque.

TODOS. No! No!

MOROCK. En ese caso, voy adentro. (Emocion general; rugidos en la jaula: Morock sale.)

ALHELI. Calma, señores; la jaula es muy segura.

MOROCK. (Dentro.) Ya. (Alhelí descorre el telon; se ve á Morock con las fieras.) ¡Hála! ¡Hála! (Música en la orquesta.)

LEON. (Suelte usté los cuartos.)

MOROCK. (Cuando se acabe la funcion.) ¡Hála! ¡Hála!

LEON. (Ahora mismo. Venga el dinero.)

MOROCK. (No lo tengo aquí.)

LEON. (Á él, compañeros!) (Le tiran al suelo. Grito general.)

ACON. ¡Que se lo comen!

ALHELI. (Esto va de veras.) (Se va á la jaula; abre la puerta. Sale Moroch y detrás las fieras. Espanto. Corrida. Acónito aturdido se mete en la jaula. Alhelí cierra la puerta. Huida general.)

ESCENA XIII.

ACÓNITO en la jaula, LAS TRES FIERAS á la puerta, ALHELÍ.

LOS TRES. (Á la puerta por donde salieron Morock y el Coro.) Bribon! ¡Abra usted! ¡Tunante!

ALHELI. Calmaos por Dios! Si la gente descubre que no sois fieras, nos van á dar un disgusto gordo.

LEON. ¿Qué importa?

TIGRE. ¡Vaya si importa!

ALHELI. Volveos á la jaula y que siga la funcion.

LEON. Yo no trabajo si no me pagan.

TIGRE. Ni yo.

PANT. Ni yo.

ALHELI. Es que si seguís sueltos, es posible que vengan á cazaros.

TIGRE. ¡Caracoles!

PANT. ¡Canastos!

LEON. Es verdad. Vamos á desnudarnos.

TIGRE. Sí, vamos.

PANT. Hay un hombre en la jaula!

LEON. ¿Quién es? Á ver...

ALHELI. El alcalde! Está desmayado.

TIGRE. De miedo.

ALHELI. Pobre señor! Saquémosle de ahí. (Le sacan de la jaula; le ponen en una silla y le hacen aire.)

LEON. Tratémosle bien. Éste hará que nos paguen.

TIGRE. Y nos librará de las iras populares. ¡Aire! Aire!

PANT. Ya creo que vuelve. (Le rodean.)

ACON. ¿Dónde estoy? (Viendo á las fieras.) Ay! Misericordia!

LEON. No tema usted nada, señor alcalde.

ACON. ¿Eh?

TIGRE. Señor alcalde, no tema usted nada.

ALHELI. Tranquilícese usted.

ACON. ¡Hablan! No sois fieras! Infames! (Se levanta y las fieras caen de rodillas.)

TODOS. Perdon, señor alcalde.

ACON. ¡Bribones! (Verdaderamente hago mal en incomodarme porque no son fieras.)

LEON. Perdónenos usted el susto que le hemos dado. Nuestro amo es un bribon que nos tiene muertos de hambre.

ACON. Tan bribones sois vosotros como vuestro amo. Habeis engañado al público. Voy á llevaros á la cárcel.

TIGRE. (Rugiendo.) Se librará usted muy bien.

ACON. (¡Dios mio!) No... no quiero decir...

LEON. Escuche usted: vamos á proponerle un negocio.

TIGRE. ¿Qué?

LEON. Silencio.—Vamos á proponer á usted un negocio.

ACON. Ya lo he oido, ya.

LEON. Pues bien, le vendemos á usté nuestras pieles.

ACON. ¿Y para qué?

LEON. ¿Quiere usté oir?

TIGRE. ¡Hum!

PANT. ¡Hum!

ACON. (Asustado.) Ya me callo, ya.

LEON. Todos ménos usté creen que somos fieras.

ACON. (Y yo tambien lo voy creyendo.)

EON. Calcule usté lo que le valdría la heróica accion de haber dado muerte á tres fieras.

ACON. Entiendo. Presento las pieles y digo que yo solo las he cazado.

LEON. Justamente.

TIGRE. Eso es.

PANT. Muy bien.

ACON. Abráceme usted, admirable Leon. Está hecho el trato. Vamos á casa ántes de que salga la gente.

ALHELI. Impongo una condicion.

ACON. ¿Cuál?

ALHELI. Que nos ha de casar usté.

ACON. Acepto. Vamos.

LOS TRES. Vamos.

LEON. (Á Alhelí.) No, tú quédate aquí para detener á la gente. Inventa cualquier embuste.

ALHELI. Bueno.

LOS TRES. Andando.

ACON. Quién había de decirme que podría ir del brazo de un leon y una pantera de Java? (Á Pantera.) Porque usted será de Java, verdad?

PANT. No señor. Soy de Astorga.

ACON. ¡Dios mio! ¡Una pantera maragata! (Vánse)

ESCENA XIV.

ALHELÍ, despues CORO y MOROCK.

ALHELI. ¿Dónde estará mi tio? Le está bien empleado lo que le sucede.

MUSICA.

Entran Morock y Coro con armas y palos.

CORO.
Marchemos todos con precaucion;
hoy á las fieras hay que cazar;
mucha prudencia, gran decision,
fuerza en las piernas, no hay que temblar.

—

ALHELI.
¡Dios mio! ¡Dios mio!
Los van á cazar!

MOROCK.
Mi embrollo con esto
se va á averiguar.

—

CORO.
Marchemos todos con precaucion, etc.

—

ALHELI. (Á Morrock.)
¿Los deja usté salir?

MOROCK. (¡Ay! Qué va á suceder?
ALHELI. Los van á dividir.
MOROCK. ¿Y qué le voy yo á hacer?
ALHELI. Pues yo, de cualquier modo
les voy á entretener

—

Señores: detenos
y oid con atencion!

—

Tengo que contaros
una cosa atroz;
llena estoy de miedo,
muerta estoy de horror.
CORO. ¿Pues qué ha sucedido?
Diga usté por Dios.

—

ALHELI. En cuanto las fieras
salieron de aquí,
se fueron derechas
al ferrocarril;
y junto al camino
que va hácia Madrid,
se han comido un cura
y un guardia civil.
CORO. ¡Se han comido un cura
y un guardia civil!
MOROCK. No queda uno vivo
si sigue esto así.

—

ALHELI. Y hallándose dentro
de aquella estacion,
con un regimiento
que va á Badajoz,
metiéronse en medio,
y de un batallon,
ha quedado solo
el tambor mayor.

CORO. ¡Ha quedado solo
el tambor mayor!

MOROCK. De esta hecha nos llevan
á Fernando Pó!

—

TODOS. Compañeros, tengamos cachaza,
dejemos la caza para otra ocasion,
que las fieras andando entre gentes
son muy convenientes
á nuestra nacion.
Pues si comen algunos tunantes
tramposos, farsantes
y gentes así,
limpiarán en dos dias á España
de tanta zizaña
como hay por ahí!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ACÓNITO, que aparece en la puerta con las pieles y una escopeta. CORO DE MUJERES.

HABLADO.

ACON. ¡Victoria!

MOROCK. ¡Dios mio!

ACON. ¡Victoria! Las fieras han sido vencidas... Pero ¿qué digo? ¿No os avergonzais de haber huido cobardemente sin mirar mi ejemplo? Yo he sido el único que quedó aquí para hacerlas frente; yo he sido el único que las ha perseguido, yo el que os ha librado de servir de merienda á alguna de ellas.

CORO. ¡Viva el alcalde!

ACON. Aquí están las pieles.

MOROCK. (¡Los ha matado!)

ACON. ¡Viva el alcalde!

CORO. ¡Viva!

MOROCK. Pero las ha matado usted de veras?
ACON. Ya ve usted las pieles.
MOROCK. ¿Y los cuerpos?
ACON. En mi casa; y no diga usted una palabra, si no quiere ir á dormir á la cárcel.
MOROCK. (¡Me han arruinado!)
ACON. Ya podeis salir tranquilos. Mañana en celebridad de caso, habrá repique general de campanas y fuegos artificiales, y el ayuntamiento dará el dote á esta jóven que se casará mañana. (Á Morock.) (Si se opone usted le formo causa.)
MOROCK. No... No.
CORO. ¡Viva el alcalde! ¡Viva!

MUSICA.

El Coro coge en brazos á Acónito; éste se dirige al público.

TODOS.
Me libré de las garras
de estos señores;
ahora, público amable
no nos devores.
Ten compasion
para ver esta noche
la coleccion. (Telon.)

FIN.